

luna, treinta y siete para el sol. La tierra es llamada de veintinueve maneras diferentes. *Uroí* (vastó) una de las palabras con que es conocida la tierra es igualmente usada para significar el río. *Prithví* (ancho) además de la tierra sirve para designar el cielo y la aurora. *Mahí* (el grande, el fuerte) es usado indistintamente para significar vaca, discurso y tierra. De ahí que tierra, río, cielo, vaca y discurso se conviertan en homónimas.

Pero como ya hemos indicado, la primera cepa aria que en el periodo mítico moraba en el centro del Asia, por una escisión religiosa (Zoroastro quizá su principal autor) ó por el empuje de otros pueblos, dividióse la cepa aquella en varias ramas, las cuales, mientras unas se dirigieron hacia la India y Persia, otras se encaminaron hacia Grecia, Italia y Norte de Europa. En tanto vivieron en la patria común, todas las familias, clanes, tribus ó pueblos que formaban aquella cepa, darian el mismo significado á las palabras que usaban; separados ya, cosas y nombres de las mismas comenzarían á variar, aunque de una manera gradual, acabando por cambiar del todo y quedar igualmente olvidado su original significado.

Como la mayor parte de las expresiones usadas estaban fundadas sobre metáforas antiguas, olvidadas éstas y oscurecido el sentido de la raíz, fueron perdiendo las palabras, además de su primitiva significación, el poético concepto que entrañaban. Para los contemporáneos de este periodo metafórico, á quienes podríamos llamar los abuelos, claro que el significado primordial de las palabras era cosa corriente, cual significado debió ser aun conocido por sus hijos, pero que seguramente fué extraño ya á sus nietos, concluyendo por ser incompresible para los hijos de estos últimos.

No todas las palabras siguieron el mismo proceso de olvido. Unas, su recuerdo persistió por mucho tiempo; otras, debieron quedar olvidadas á las pocas generaciones. De los dos ó más nombres que un objeto tuviera, uno solo debió quedar vencedor. Este fué el único que continuó usándose para designar el objeto, arrinconando y dejando en el más completo olvido á las demás, que antes servían igualmente para nombrarlo. Todos continuaron conociendo el significado del vocablo vencedor; pero no el de los vocablos vencidos. Estos, por prestarse en dar á la naturaleza pasiones y sentimientos humanos, por la mayor prontitud en que se dieron al olvido ó por otras causas, fueron también en parte el fundamento de las leyendas y fábulas antiguas, es decir, dieron origen á los mitos.

Esta incomprensibilidad, venga de haberse olvidado el significado original de la palabra ó de que el sentido etimológico de la misma se hubiese convertido en mero sonido, ó sea en un nombre, en la acepción moderna del vocablo, además de dar origen á los mitos, fué causa, en tanto las palabras fueron envejeciendo y el sentido etimológico se olvidó, de que se convirtieran en nombres propios los nombres que servían para designar las fuerzas de la naturaleza. En la época védica *Dyáus* que significa cielo, se transforma en griego en la palabra *Zeus*, pero ya como nombre propio.

En las lenguas modernas sucede una cosa parecida al convertirse el atributo en sustantivo. Ha pasado esto en castellano con los vocablos «cantante, estudiante, escribiente» y otros.

Esa especie de instinto etimológico que siente el hombre para dar un nuevo significado á la palabra cuyo sentido primitivo desconoce, no sólo se ve, pues, en las lenguas antiguas, sino también en las modernas.

En la fase metafórica de que venimos hablando ha buscado el sistema de mitología comparada sus principales argumentos. (1)

Las fuentes de la mitología indo-europea, dice el más eminente y más poético de los propagadores de esta escuela, Max Müller, hay que buscarlas en los Vedas. Pero no hay todavía allí ni un sistema de religión ni de mitología. Hay nombres que mientras en un himno son usados como apelativos, en otros como nombres de dioses. A veces, un mismo dios es tomado como soberano, otras como igual á otros dioses, y otras como inferior á los mismos. La naturaleza de estos dioses es todavía transparente; su concepción en muchos casos resulta muy perceptible. No hay genealogías, ni casamientos entre dioses y diosas. Por eso algunas veces los vemos actuar de padre, después de hijo, hermano ó marido, y en un himno hay diosa que figura como la madre, mientras en otro representa la esposa.

La mitología, añade, en realidad es una enfermedad del lenguaje. Un mito quiere decir una palabra, pero una palabra que antes no era sino un nombre ó un atributo, y á la cual han dejado tomar después una existencia sustancial. La mayoría de las divinidades griegas, romanas, indas y de los demás pueblos indo-europeos, no son otra cosa que nombres poéticos, transformados gradualmente en una personalidad divina, que no había pasado por la mente de sus primeros inventores.

Otro de los propagadores de este sistema,

(1) Sobre los demás sistemas véase la serie de artículos que publicamos en *La Vanguardia*.